



Serranas

Subía un olor de poleo pisoteado. La sierra muda. Una campana, allá abajo en el valle tenía de tristeza las algarrobas de vainas doradas con su quejido umbroso y lento. La capilla centenaria asomaba su torre diminuta en la espesura de los árboles.

Era la hora de salir para el pueblo, de soltar las cabras, de comenzar de nuevo y levantarse con el sol rubio de entusiasmo sin pensar en fracasos ni en sembrar.

María Luz espantó sus cabellos oscuros sobre la espalda de su blusa de algodón ya amarillenta. Un aire serrano jugaba carreras con su cinto multicolor llevando y trayendo las puntas desflecadas. Volvió a escuchar. No rezaba misa el cura los días que no era fiesta, ni la campana llamaba así con voz queda, casi sollozante. Si sería ilusión o mal sueño? Abrió el corral con gran alborozo de sus "remolonas", un crespín le gritó desde el molle y la "pelada" vino a lamerle tímidamente los bolsillos del delantal floreado.

María Luz sentía algo distinto, algo que no era tristeza, ni pena, ni.... pero por qué el viejo Filemón decía tan bajo su cantar a los maizales, :

Mira que es triste
y me hace penar
Está de andar
y de andar
y de andar
De andar andando
pa nunca llegar.

Miraba distraída sus cabras mimosas, estaban las sierras tan alegres y el ojo de agua como nunca fresco parloteaba con la brisa del bosque, y la leche recién ordeñada trascendía a pureza y el canto que le salía de la boca a D. Filemón, como un hilillo transparente era el mismo de todas



Tas mañanas, solo que ella tenía algo adentro que amortiguaba los pasos y el balido de su "pelada" y el grito del crespín y el chirriar del coyuyo, algo como el ritmo interno que sonaba acompañado con la campana del valle, triste y queda.

Subía de allí un olor de poleo pisoteado. Y era el gemido del bronce como el canto del abuelo. Lo escuchó otra vez. Las manos del anciano se arrastraban por la tierra como dos raíces negras.

María Luz se estremeció. La campana y el corazón y eso "de andar y de andar y de andar", marchaban juntos. Eran un solo tañido, un solo latir, un solo canto.

La siesta caliente. Salsa el cortejo de la pequeña iglesia cuando las cigarras limaban el aire. El campanero movió una vez más la broncínea copa.

Se rezó el rosario de la Virgen del Valle, y el padre, con su ancho tirador y su talero de plata, tomó una de las argollas doradas de la caja, el cura otra, y otra don Tadeo, y la última Filemón el viejo, con la espalda encorvada y las manos con surcos y raíces.

Así marcharon hasta la primera sierra. El sol herfa las cumbres. Llegaron a una tranquera carcomida que rodeaba una pirca. Allí aguardaban otros serranos, dos mujeres y el cumpa del angelito a quien hubo que avisar con premura para que comprara el terreno del cementerio y la cruz.

Detrás del padre, los hermanitos y changos recogían verbenas y dalias silvestres para lloverlas sobre el cajón de madera de pino. Una vieja se secó una lágrima con el filo del dedo e hizo señas a las dos mujeres para que siguieran el rastro del cortejo en dirección contraria. Se separaron. A lo lejos se avistaba la capilla y a la izquierda el techo quinchado del rancho parecía desgajarse. Allí estaba la madre con las vecinas.

El cortejo se apretó. Había que subir el repecho y ya no era posible cargar al angelito. Lo pusieron en el carro de Filemón que llevaba al pueblo las parvas de trigo y dos burros de hirsutas frentes subieron por entre las piedras con las orejas agachadas de sueño. Otros burritos acompañaban. La Petra y la Mercedes montaban el "Chiche". Roberto con los pies llenos de arena como mostacilla, tiraba pensativo de las riendas. El Toto y la Dolores de un borde y de otro seguían arrancando verbenas. El valle y la sierra llenos de calma tibia. La caja montañesa mezclaba sus notas al vaho caliente que subía de la tierra:

Fero nadie, mi vida
me ha visto llorar
Tara rá tá ta ta

El padre miró los maizales que iban quedando atrás y la torre de la iglesia y su rancho de paja y barro.

Serranos y labriegos pensaban en la próxima cosecha.

La montaña era una brasa que manchaba el cielo de miel.

Volvieron por el mismo sendero. Solo que a la vuelta, una luna de azucar espiaba por detrás del valle. La tierra ya no hervía. Las lianas llamaban a los pájaros y se oía un tintinear de hojas secas y huesos de animales. En el carro del trigo cubiertas con el poncho raído venían a-

brazaditas en el mismo sueño la Mercedes y la Petra. Los burros tambaleaban :

- "Si serán peñeros, - rezongaba el cumpa - cuando llevaban al muerto ni que supieran qli-
ba un angel pa no sentir el peso". Los hermanitos montados en el "Chiche" mordisqueaban piquilli-
nes :

- "Vení ve, tata, la Mercedes trae apretadas en la mano unas margaritas del finafto"....

Silencio devoto.

Los burros con sus orejas como caracoles rosados, tiraban del carro. Hojas secas, raíces blancas, tallos sin savia, todo el humus vegetal se entregaba a las ruedas chirriantes y a las patas grises, a los zapatos claveteados. El valle se preparaba para que de la antigua muerte surgiera la resurrección. El pisoteo lento dejaba un olor de peperina en el camino.

- "Viste qué lindita la cruz ?"

- "Aura vamos a dir por las tardes, con la fresca a hacerle compañía, no D. Filemón ?"

- "Yo le vía a cantar lo de las palomitas bajito, bajito pa que no dñpierte".

La Dolores acariciando el pelaje sedoso y brillante del "Chiche" dijo....- "No va a venir más con nosotros?".

Y después de un inmenso guión de silencio, como respondiendo a la pregunta que danzaba en el aire transparente, agregó :

- "So fué a hablar con Dios"

MIGNON DOMINGUEZ

